Mapas e Historia cultural.
Espacio, representaciones y poder en la cartografía

Mario Jocsán Bahena Aréchiga Carrillo
Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México

AXTRACTO:

A través de este trabajo, busco hacer una serie de consideraciones y reflexiones en torno a los mapas, buscando sobrepasar la visión de estos como meros registros gráficos fieles, objetivos y técnico-científicos del espacio. Esto, con el fin de mostrar cómo la producción de conocimiento geográfico y de obras cartográficas está indisociablemente ligada a contextos socioculturales específicos y a relaciones de poder político-científico, para delinear algunas perspectivas sobre el caso de la cartografía mexicana en el siglo XIX.

Introducción

Cuando estudiamos temas de índole geográfica, territorial o espacial, recurrimos usualmente a la utilización de recursos cartográficos (sea como fuentes, o como respaldo visual de algún trabajo sobre esas temáticas), pues generalmente se les ve como elementos que representan fielmente el espacio geográfico del cual se habla o se estudia, y pocas veces se tiene consciencia de que dichos artefactos visuales están atravesados por relaciones de poder, y que son productos sociales de su propio contexto histórico, amén de la dimensión subjetiva que poseen en tanto objetos elaborados por un sujeto (es decir, por un cartógrafo). A través de este trabajo, busco hacer una serie de consideraciones y reflexiones en torno a los mapas tomando en cuenta las nociones antes mencionadas, buscando sobrepasar la visión de estos como meros registros gráficos fieles, objetivos y técnico-científicos del espacio. Esto, con el fin de mostrar cómo la producción de conocimiento geográfico y de obras cartográficas está indisociablemente ligada a contextos socioculturales específicos y a relaciones de poder político-científico, para delinear algunas perspectivas sobre el caso de la cartografía mexicana en el siglo XIX.

Para ello, me remitiré a teóricos que se han aproximado —directa o indirectamente— al tema. En particular, retomaré los planteamientos de un estudioso de esas cuestiones

llamado J. B. Harley (quien a su vez, retomó algunos postulados de Michel Foucault), los cuales esbozan una redefinición epistemológica en cuanto al estudio de los mapas. Asimismo, en tanto que la categoría *representación* resulta fundamental en mi perspectiva de análisis, partiré de los planteamientos de Stuart Hall, así como de historiadores que han abordado el tema de las representaciones culturales y la historia cultural, para intentar articular un enfoque particular de análisis de la cartografía.

La cartografía: más que un retrato del espacio

Quiero empezar señalando la importancia de complejizar y problematizar cualquier obra cartográfica (plano, derrotero, carta geográfica, atlas, etc.), con el fin de entenderla no solo como fuente sino también como objeto de estudio. A través de su análisis, una obra cartográfica puede revelarnos una serie de temas y aspectos sociales y simbólicos del momento histórico y de la sociedad de la cual emana. En ese sentido, considero a cualquier mapa como objeto sociocultural, y no simplemente un artefacto técnico-científico. Aún más, considero que dichas obras no representan solamente el espacio, sino que lo producen, pues construyen una serie de nociones, discursos, perspectivas e ideas del lugar que está representado: vuelven visibles algunos de sus elementos, pero borran otros; jerarquizan y ordenan el espacio, plasmando nociones propias del contexto histórico en el cual se produce (arquetipos, valores, conceptos, etc.). Espero poder ir profundizando y aclarando estas premisas a lo largo del trabajo.

Como bien señala Harley, “aunque durante mucho tiempo los mapas han sido fundamentales en el discurso de la geografía, casi nunca se leen como ‘ladrillos’ de texto o como una forma de conocimiento construida socialmente” (Harley 2005, 79). Esta cita plantea un punto de partida para este trabajo: la idea de que los mapas son 1) discursos, y 2) conocimiento. Es decir que son objetos que condensan una serie de saberes (fundamentalmente asociados al espacio), por lo cual poseen conocimiento que los dota de poder, según la perspectiva de Michael Foucault (1998, 7). Por lo tanto, estamos hablando de objetos visuales que están atravesados por discursos de poder que se sustentan en un conocimiento científico del espacio, los cuales, a su vez, responden al ámbito sociocultural

del contexto en el cual se elaboran. En ese sentido, "tanto en la selectividad de su contenido como en sus signos y estilos, los mapas son una manera de concebir, articular y estructurar el mundo humano que se inclina hacia, es promovido por y ejerce una influencia sobre grupos particulares de relaciones sociales" (Harley 2005, 79).[1] Por ello, la manera en que el cartógrafo representa el espacio implica una producción de sentido del lugar representado: "The positioning of maps […] can affect the way in wich the world is viewed" (Vaughan 2018).

El propio Harley sintetiza la vinculación entre conocimiento y poder en los mapas afirmando que "la cartografía es un discurso, un sistema que ofrece un conjunto de reglas de representación del conocimiento que toman forma en las imágenes que definimos como mapas y atlas" (Harley 2005, 203). Es decir que en tanto forma de conocimiento, los objetos cartográficos producen poder sobre el lugar que representan. Dicho historiador ha mostrado cómo este proceso de apropiación del espacio en papel, vía la producción de mapas, afectó las dinámicas sociales y económicas del "Nuevo Mundo", pues la expansión europea sobre América sentó sus bases en buena medida en los conocimientos geográficos y en su representación visual. Incluso las tensiones políticas y la diplomacia giraron en torno a obras de índole geográfico-cartográficas.

Ahora bien, en tanto que el punto central de este ensayo tiene que ver con pensar los mapas no como registros fieles y objetivos de la realidad, sino como una suerte de imagen en la cual el cartógrafo plasma su imaginario, es decir, su manera particular de ver y de entender el mundo —de significarlo, de darle sentido—, quiero hacer referencia al historiador cultural Roger Chartier, quien hace un llamado a leer y analizar los documentos (es decir, las fuentes históricas, cualesquiera que sean) de manera menos inmediata y literal (Chartier 2005, 14). En el caso de los mapas, es común que se recurra a ellos considerándolos una representación de la realidad espacial. Muchas veces se les incluye de manera un tanto inadvertida como anexos o apéndices de estudios de índole histórica, antropológica, geográfica, etc. Sin embargo, pocas veces se hace una aproximación más detallada al tipo de cartografía del que

[1] De igual manera, este autor menciona que "algunas de las implicaciones prácticas de los mapas pueden caer también en la categoría de lo que Foucault ha definido como actos de vigilancia, especialmente los relacionados con la guerra, la propaganda política, la definición de fronteras o la preservación de la ley y el orden" (Harley 2005, 82).

se trata, y menos aún se cuestiona sobre sus condiciones de producción, sobre quién los produjo y sobre los elementos que muestran —y los que no muestran—. Pareciera, pues, que un documento cartográfico es una prueba fehaciente de que un espacio era de tal manera, de que no existía más población que la que ahí se señala, o que la disposición de las tierras o de los recursos naturales fue representada fielmente partiendo de la realidad objetiva al mapa. En ese sentido, la autora Laura Vaughan, quien ha estudiado la cartografía desde un punto de vista sociocultural, apunta que se debe sobrepasar la mirada tradicional en torno a los mapas, para considerarlos más bien como objetos cargados de significados, que reflejan su contexto de producción (Vaughan 2018, 7).

Las propuestas metodológicas y epistemológicas de Brian Harley me parecen bastante significativas y útiles para repensar dichos temas, a pesar de haberlas formulado hace un par de décadas. Este historiador consideraba "que los mapas son una parte de la familia más amplia de imágenes cargadas de valor. De este modo, he renunciado a entender los mapas como registros inertes de paisajes morfológicos o como reflexiones [y registros] pasivos del mundo de los objetos" (Harley 2005, 80). En este sentido, y para traer a la reflexión la categoría de *representación*, diríamos que son un lenguaje visual, un discurso gráfico que plantea una serie de ideas sobre tal o cual espacio a través de figuras, esquemas, dibujos, signos y leyendas. Por ello, todo mapa es en sí mismo una representación gráfica del espacio; esa es, de hecho, la definición que usualmente se le atribuye. Pero es más que eso. Según he venido diciendo, toda obra cartográfica está cargada de valores, de ideas, nociones y conocimiento, o sea, de una manera de ver y conceptualizar el mundo. De ahí la importancia de tomar en cuenta al cartógrafo, pues es él quien deja una impronta subjetiva en su obra, la cual tiene que ver con su manera particular de situarse en el mundo.[2] Por ello, la representación —como categoría de análisis de la Historia cultural— juega un papel fundamental aquí, pues las obras cartográficas no son solo un registro visual de la realidad espacial, sino que exteriorizan las representaciones (ideas, valores, saberes y referentes) del sujeto que los elabora, las cuales tienen que ver con su propio contexto histórico.

[2] Magali Carrera plantea esto en términos de "imaginación cartográfica" o "imaginario del cartógrafo".

Por lo anterior, considero a los mapas como objetos que contribuyen a construir una idea del espacio y del territorio, en la cual se muestra el imaginario del cartógrafo. Por ello, creo importante pensar en la cartografía no solo como un reflejo del contexto social y cultural del cual emana, sino como objeto en el que se produce —y que reproduce— una visión de la realidad espacial; es decir, como instrumento que representa el espacio y que, en ese mismo acto, produce una manera de ver el mundo, el territorio, el país, la nación, etc. Retomando a Stuart Hall, diríamos que un mapa posee un doble nivel de representación: el primero sería el que corresponde al entramado mental (por denominarlo de algún modo) del cartógrafo, quien ve su entorno de una manera específica, conceptualizándolo, nombrándolo y dándole un significado a partir de su propio lenguaje, ideas y referentes. El segundo nivel sería el de la representación gráfica, es decir, el acto de trasladar al mapa (en tanto objeto material, físico, con leyendas, trazos, dibujos y esquemas) su manera de percibir el espacio. En ese acto, el cartógrafo no está simplemente reflejando la realidad geográfica, sino que, más bien, la está produciendo. En ese sentido, la obra cartográfica adquiere una carga simbólica y subjetiva. De ahí que la categoría de representación nos remita al ámbito simbólico que posee el mapa.

Según Hall, lo cultural se construye a partir de un circuito en el que interactúan y se interrelacionan las representaciones (en dos niveles, como anoté anteriormente), el consumo (entendiendo con ello las prácticas sociales y/o apropiaciones), las identidades (construcción de vínculos y de significados sociales comunes o compartidos) y las apropiaciones (producción de sentido). Todo ello, atravesado por relaciones de poder que se traducen en mecanismos de control, instituciones, discursos y normas (Hall 1997, 1). Siguiendo ese esquema explicativo, podría decirse que un mapa es un objeto que contiene una serie de representaciones que el cartógrafo realiza acerca del espacio y del mundo,[3] por lo cual se debe tomar en cuenta cómo se representa él mismo lo de afuera, y cómo esto se traduce en una exteriorización de todo un imaginario suyo mediante una registro gráfico/visual; es decir, cómo en la cartografía existe una mediación entre la realidad espacial y las representaciones del cartógrafo. Además, ese mapa está atravesado por discursos sobre el espacio, y por

[3] Para Hall, la representación tiene que ver con "concepts, images and emotions 'stand for' or represent, in our mental life, things wich are or may be 'out there' in the world" (Hall 1997, 4).

relaciones de poder (sobre todo políticas, afincadas en un conocimiento científico). De acuerdo con lo anterior, una obra cartográfica da un sentido y un significado específicos al lugar que se busca mostrar mediante un lenguaje visual.

El poder del mapa radica en su capacidad de mostrar, ubicar y delimitar un espacio en el papel. Es decir que evoca una afirmación de existencia de ese espacio (representado de una manera particular, como he señalado), lo cual implica una validación de que ese lugar es de tal o cual manera (Wood 2018, 11). En tanto instrumentos que permiten ubicar cosas, las obras cartográficas "más que representaciones [fieles del espacio], son sistemas de proposiciones, argumentos que afirman que esto está allí dentro de lo que el mundo podría ser" (Wood 2018, 8).

Harley apunta a estudiar el mapa con detenimiento, "para identificar no sólo un nivel literal o superficial de significado [en la imagen cartográfica], sino también uno más profundo, por lo general asociado con la dimensión simbólica el acto de enviar o recibir un mensaje. Un mapa puede llevar en su imagen un simbolismo asociado con el área, el aspecto geográfico, la ciudad o el lugar específico que se representa" (Harley 2005, 81). En ese sentido, la cartografía posee un nivel simbólico que contribuye, justamente, a producir una idea del mundo a partir de jerarquías, valores, y nombres. El acto de representar un lugar implica una construcción de lo que se está representando, pues se ordena, clasifica, orienta y da un sentido al espacio que se registra en el papel: "lejos de fungir como una simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redescriben el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales" (Harley 2005, 61). Siguiendo este eje explicativo, un mapa posee una doble dimensión: una instrumental, vinculada al proceso técnico mediante el cual se elabora, y una simbólica, la cual responde al imaginario de su autor:

> […] el mapa instrumento, de carácter informativo y práctico, y el mapa imagen, el cual alberga una abstracción, un esfuerzo intelectual de construcción de un instrumento con fines prácticos pero revestido también de un carácter intangible como imagen, lo que lo convierte en una representación que integra las interpretaciones cosmológicas, políticas o religiosas, centradas en el mundo de aquel que lo dibuja. (Montoya Arango 2007, 157)

En suma, la noción de representación adquiere para mí una doble connotación. Es decir, la empleo como categoría para analizar cómo en una obra cartográfica hay una relación

entre "lo de adentro y lo de afuera" (Zermeño 2017, 70), esto es, entre las representaciones del cartógrafo —como observador de la realidad objetiva/espacial— y la imagen que elabora en su mapa, pues además, ese proceso se inscribe en un contexto de prácticas cartográficas ligadas a tradiciones de conocimiento geográfico, vinculadas al Estado y a personajes, instituciones y academias científicas. De ahí, pues, que la propuesta de Harley sea estudiar la cartografía desde una perspectiva histórica sociocultural, puesto que "todos los mapas son culturales porque manifiestan procesos intelectuales definidos como artísticos o científicos en la medida en que trabajan para producir un tipo característico de conocimiento" (2005, 11).

La cartografía y los Estados-nación

Los mapas se consideraron objetos fundamentales para constituir y delimitar una idea de territorio nacional en el contexto del surgimiento y desarrollo de los Estados-nación durante el siglo XIX. Por ello, quienes elaboraban los mapas ocuparon un papel medular dentro de los círculos de intelectuales y políticos de cada país: "detrás de la mayoría de los cartógrafos está una persona que encarga un mapa […] el mapeo pronto se convirtió en negocio del Estado" (Harley 2005, 203). A raíz de eso, los mapas fueron usados para medir el terreno, apropiarse del espacio en el papel, clasificar sus elementos y configurar una idea de él a partir de una visión unitaria estatal-nacional. Su poder radicó, según Denis Wood, en su capacidad para habilitar el control estatal de la tierra. La vocación centralizadora del Estado-nación volvió imperante la necesidad de producir obras cartográficas para reclamar y visualizar la autoridad sobre el espacio: "mapas que ubican los territorios sobre los cuales es soberano, y por lo tanto mapas que delimitan sus fronteras; mapas que ubican sus elementos constitutivos (provincias, estados, condados […]) mapas que ubican sus recursos y propiedades […] mapas que ubican a sus ciudadanos (para que presten servicios, para cuestionarlos, imponerles contribuciones y reclutarlos" (Wood 2018, 11). Además, si hablamos del caso de la cartografía del siglo XIX, la autoridad del mapa descansaba sobre la base de su validez científica. Es decir, los criterios de la ciencia decimonónica trasladados al campo de la geografía (en términos de ubicación exacta, de medición, de cuantificación, del

uso de parámetros científicos como leguas, longitudes y latitudes) dieron a la cartografía sustento y legitimidad, en la siempre continua búsqueda de la exactitud y perfección científicas. O sea, estamos hablando nuevamente de un vínculo entre conocimiento y poder: "Los cartógrafos producen poder; son los creadores de un panóptico espacial"; "clasificar el mundo es apropiarse de él, de tal manera que estos procesos técnicos [de la práctica cartográfica] representan actos de control…" (Harley 2005, 204). En este sentido, retomando los postulados de Hall, diríamos que el mapa deviene representación cultural por los usos (prácticas), discursos y significados que le imprime el cartógrafo, una institución científica, un gobierno o un sector social. Así, la cartografía permite construir un significado del espacio que está representando, y por ende, es más que un reflejo o proyección de la realidad espacial que registra.

Por su parte, Benedict Anderson señala en su clásico estudio sobre el nacionalismo que, por ejemplo, para el caso de los países del sudeste asiático en el siglo XIX, los censos y los mapas fueron usados para controlar de mejor manera el espacio colonizado: "el censo, el mapa y el museo, en conjunto, moldearon profundamente el modo en que el Estado colonial imaginó sus dominios: la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, la geografía de sus dominios, y la legitimidad de sus dominios" (Anderson 2011, 228-229). En el caso del censo, su carácter cuantificador daba la sensación de contar, controlar, clasificar y ubicar a la población que se quería gobernar, o a la que se le podía cobrar impuestos. El mapa, por su parte, se usó para clasificar y apropiarse del espacio *a priori*.[4] También resulta importante lo que menciona dicho autor respecto a que, dada la emergencia de los Estados nacionales a lo largo del siglo XIX, las obras cartográficas fueron usadas como una especie de memorias y/o biografías espaciales, es decir, se les empleó para construir una idea de entidades territoriales nacionales con supuestos orígenes y profundidades histórico-temporales (Anderson 2011, 244). Asimismo, en el caso de los mapas elaborados por las autoridades imperiales, fue

[4] Anderson hace referencia a un arqueólogo y geógrafo de nombre Richard Muir, para decir que a diferencia de otro tipo de mapas de épocas previas, en las que se producían a partir de la exploración y los viajes de quien los elaboraba, en el siglo XIX —en el contexto del imperialismo de entonces— "el mapa se anticipaba a la realidad espacial y no a la inversa. En otras palabras, un mapa era un modelo de esto […]. Llegó a ser un instrumento real para concentrar las proyecciones sobre la superficie de la Tierra. Un mapa era necesario, ahora, para los nuevos mecanismos administrativos y para las tropas para reforzar sus pretensiones […]". (Anderson 2011, 242).

común la práctica de colorear los territorios del dominio colonial: "en los mapas imperiales de Londres, las colonias británicas a veces solían aparecer en rosa y rojo, las francesas en púrpura y azul, y las holandesas en amarrillo y marrón" (Anderson 2011, 244). O sea que algo tan aparentemente indistinto o neutral como el uso de colores en un mapa tuvo implicaciones ideológicas y simbólicas, vinculadas en este caso al tema del poder y el control de las metrópolis occidentales sobre sus espacios coloniales. Finalmente, este autor señala que las posibilidades de reproducción mecánica en el siglo XIX dieron un nuevo impulso a la elaboración, multiplicación y difusión de obras de índole cartográfica, lo cual las volvió una especie de emblema tanto del nacionalismo como del imperialismo decimonónico. En suma, tanto el mapa como el censo tuvieron como objetivo fungir como instrumentos de control y administración de la población y el espacio al cual representaban —en las zonas asiáticas controladas por las potencias occidentales, para el caso del estudio de Anderson—.

Por otra parte, la producción cartográfica que emergió en el contexto de la formación de los Estados nacionales apuntalaba la idea de un territorio homogéneo y ordenado, cuyos espacios y fronteras estaban demarcados, y dentro del cual la cultura nacional se pretendía uniforme:

> La representación del mundo como un conjunto de países, tal como aparece en la mayoría de los mapamundis, concibe el espacio como inherentemente fragmentado, dividido por medio de diferentes colores en las diversas sociedades nacionales, cada una enraizada en su propio lugar […] la idea de que cada país encarna una cultura y una sociedad que le son propias y distintivas, se encuentra tan difundida, y se asume tan naturalmente, que los términos cultura y sociedad suelen anexarse sin más a los nombres de los estados-nación. (Ferguson y Gupta 2008, 235)

En el caso mexicano, la historiadora Magali Carrera señala que los mapas ocuparon un lugar importante dentro de la cultura visual decimonónica. Según su estudio, estos constituyeron elementos medulares en el contexto de la construcción del Estado nacional durante el siglo XIX, pues la capacidad de reproducción material otorgada por la imprenta, la litografía, los daguerrotipos y, para el último tercio del siglo, la fotografía, dio a la producción de mapas un importante impulso. Asimismo, esta autora señala que su comercialización y exhibición en ferias y exposiciones —tanto nacionales como internacionales— ayudó a difundir las nociones del espacio nacional plasmadas en ellos

(Carrera 2011, 17-18). Asimismo, yo agregaría el tema de la incorporación de la geografía como materia en los planes de estudio del sistema de instrucción pública durante el último tercio de la centuria, pues trajo consigo una creciente producción de obras escolares de geografía (compendios, manuales, atlas) que contenían mapas del país.

Por supuesto que todo lo que he mencionado anteriormente es un ejercicio teórico, conceptual y metodológico que pretende plantear una manera de aproximarse al tema de la cartografía desde una perspectiva histórico-cultural. Todo ello debe plantearse en investigaciones que partan de dicho marco teórico-conceptual para estudiar las especificidades de cada obra cartográfica, reconstruyendo sus propios contextos históricos de producción. A manera de ejemplo, en el caso mexicano, Antonio García Cubas resultó un personaje clave. No solo por ser de los principales geógrafos y cartógrafos del siglo XIX, sino por su vínculo con el poder político y las instancias científicas ligadas al Estado. A través de instituciones como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, o vía el patrocinio mediante la Secretaría de Fomento, el Estado mexicano en formación —independientemente de su filiación política monárquica o republicana, liberal o conservadora— tuvo a la geografía y la práctica cartográfica como cuestiones estratégicas para la administración del espacio mexicano. Esto implicó un proceso de territorialización nacional en papel, mediante la representación cartográfica del país. De ahí que se recurriera con ahínco a la labor de los geógrafos. Al delinear el territorio soberano y proyectar una idea de nación en él, y buscar administrar su población de manera eficiente, aprovechando al máximo los elementos naturales del país, los diversos gobiernos mexicanos de la época apoyaron, dirigieron e impulsaron una serie de instituciones científicas y empresas geográfico-exploradoras, promoviendo la sistematización del conocimiento espacial-geográfico. En consecuencia, la producción de mapas —para visualizar y ordenar en el papel todos estos aspectos— devino una labor cardinal. En ese sentido, los trabajos de Antonio García Cubas tuvieron un respaldo político e institucional que le permitió desarrollar sus trabajos como geógrafo. Por ello, sus obras cartográficas fueron estratégicas en el proyecto de territorializar la nación mexicana (que era inexistente antes del siglo XIX). No obstante, es importante resaltar que los mapas decimonónicos visibilizaron algunas cosas e invisibilizaron otras; jerarquizaron el espacio y lo ordenaron en función de criterios e intereses particulares de los científicos estrechamente

vinculados a las elites gubernamentales. La investigación que en este momento realizo en torno a las obras cartográficas de García Cubas pretende, justamente, poner en práctica las consideraciones que he hecho hasta ahora.

Los mapas como reflejo de las relaciones sociales de poder vinculadas al espacio

Si pensamos en el espacio no como un contenedor, ni como un mero escenario donde tienen lugar las dinámicas sociales, sino como un actor mismo, moldeado por las relaciones sociales de poder y que, a su vez, moldea dichas relaciones, podemos pensar que la representación que de él se plasma en la cartografía está imbuida ella misma de dichas relaciones sociales: "el espacio no es simplemente la suma de territorios, sino una complejidad de relaciones, flujos y fronteras; territorios y vínculos" (Massey 2007, 8). De esta manera, la interrelación entre lo natural/físico y lo social/humano permea el ámbito de estudio de lo geográfico: "el espacio geográfico es una realidad tanto natural, como material y social" (Claval 2002, 29); y son las relaciones que los individuos establecen entre ellos, y con el medio natural, físico y material, las que producen el espacio. Al mismo tiempo, este espacio producido socialmente deviene productor, pues jerarquiza, potencializa o limita dinámicas sociales, reproduce cosmovisiones, relaciones de poder, en fin, produce él mismo relaciones y dinámicas sociales. En ese sentido, podemos pensar en los mapas como artefactos que contribuyen a producir una noción de tal o cual lugar: "cartographic institutions and practices have coded, decoded and recoded planetary, national and social spaces… maps and mappings precede the territory their 'represent'. As a result, territories are produced by the overlaying of inscriptions we call mappings" (Carrera 2011, 7). Es decir que los intereses políticos, jerarquías sociales y demás cuestiones vinculadas al espacio subyacen en la producción de obras cartográficas. Dicho de otra manera, la producción de mapas de una sociedad responde en gran medida a los vínculos, relaciones, tensiones y conflictos entre los diversos actores y sectores sociales que la componen.

Siguiendo esa línea de análisis, hay que recalcar que toda obra cartográfica posee un discurso espacial con aspectos, nociones, silencios e intereses específicos, dependiendo de

los objetivos que persigue quien los elabora, y el contexto desde el cual lo hace.[5] La "historia de los mapas, junto con la de otros símbolos culturales, puede ser interpretada como una forma de discurso […] como sistemas únicos de signos cuyos códigos pueden ser al mismo tiempo icónicos, lingüísticos, numéricos y temporales, y una forma espacial de conocimiento" (Harley 2005, 108). El mapa, en tanto instrumento de conocimiento (que además devino más científico y, por tanto, supuestamente más exacto y preciso), muestra, produce y reproduce jerarquías, inclusiones, exclusiones, así como una clasificación y visión del mundo: "los mapas siempre representan más que una imagen física del lugar" (Harley 2005, 75-76).

Consideraciones finales

En este trabajo quise apuntalar la idea de que el poder subyace en la elaboración de toda obra cartográfica. Dicho poder se sustenta en el conocimiento geográfico científico del cual se desprende una serie de discursos sobre el espacio. Un espacio que, de por sí, está marcado y atravesado por un sinfín de relaciones sociales, jerarquías, conflictos y vínculos simbólicos y de pertenencia de la población que lo ocupa; el cual, además, contribuye a reproducir dinámicas, estatus y vínculos sociales. Por ello, hay que recalcar que toda producción cartográfica es reflejo de las relaciones sociales de poder que existen en la sociedad de la cual emana. En este sentido, me parece que trascender el supuesto de que un mapa es una obra neutral, objetiva y cien por ciento técnica, resulta fundamental para estudiar y entender la cartografía.

Es importante subrayar que la elaboración de obras cartográficas (en tanto productos socioculturales) responde a los aspectos sociales y políticos que están presentes en el

[5] Al respecto, Laura Vaughan señala cómo el estudio sociocultural de los mapas permite aproximarse a fenómenos sociales tales como las dinámicas urbanas, la migración, la segregación y el colonialismo, enfocándose en la utilización de mapas de ciudades en el contexto anglosajón de finales del siglo XIX y durante el XX, justamente en el contexto de la urbanización contemporánea vinculada a los fenómenos de industrialización y de migración (tanto interna como externa). Asimismo esta autora, al igual que la historiadora Magali Carrera, señalan la importancia del desarrollo tecnológico de la litografía desde mediados del siglo XIX, pues permitió una mayor reproducción de mapas y su eventual comercialización y circulación (Vaughan 2018, 2-6).

momento y en la sociedad que los produce, y en ese sentido, hay que tomar en cuenta su propia historicidad. Asimismo, un mapa producido en un contexto histórico específico se torna una evidencia (una huella) de la experiencia —tanto social como individual y subjetiva— con el espacio: al elaborar su obra, el cartógrafo plasma en ella su experiencia con el mundo externo. Por lo mismo, todo mapa nos muestra, mediante un lenguaje visual cargado de símbolos, elaborado a través de técnicas e instrumentos particulares, una experiencia empírica en torno al espacio. Además, toda obra cartográfica revela una forma específica de ver el mundo, de apropiarse del entorno, de jerarquizarlo y resaltar aspectos que interesan a quien elabora tal o cual mapa; por ende, considero a dichos objetos como representaciones culturales. Por ello mismo, entender al cartógrafo en función de su propio contexto histórico resulta fundamental para dilucidar los aspectos simbólicos que plasmó en su obra, lo cual implica rastrear los vínculos que existen entre él y el Estado, o entre él y las instituciones y redes políticas o intelectuales en un contexto histórico dado. Como ejemplo de esto me referí de manera general al caso mexicano, y a la figura de Antonio García Cubas, llamando la atención sobre la importancia de tomar en cuenta sus vínculos con las instituciones científicas y los ámbitos políticos. Su manera específica de concebir el conocimiento geográfico y de emplearlo a través de estudios estadísticos y cartográficos se enmarca en un contexto histórico concreto: el de la conformación del Estado-nación del siglo XIX, en el que se buscaba delimitar un territorio de alcances nacionales, así como visualizar su espacio, población y recursos. La relación entre conocimiento geográfico y producción de mapas estaba íntimamente ligada a los intereses de los gobiernos y sus lazos con los hombres de ciencia de la época. Lo anterior permite dar cuenta de la complejidad de las relaciones entre poder político, saber geográfico y la construcción de un discurso espacial-visual que subyace en toda obra cartográfica. Por ende, en este trabajo he querido insistir en que todo mapa es un documento más complejo de lo que aparenta.

Bibliografía y hemerografía

Anderson, Benedict. 2011. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Azuela Bernal, Luz Fernanda. 2013. "La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la Geografía y la construcción del país en el siglo XIX". *Boletín del Instituto de Geografía UNAM*: 153-166.

Carrera, Magali M. 2011. *Traveling from New Spain to Mexico. Mapping practices of the nineteenth-century Mexico*. USA: Duke University Press.

Chartier, Roger. 2005. "La nueva historia cultural". *El presente del pasado. Escritura de la Historia, Historia de lo escrito*. México: Universidad Iberoamericana.

Claval, Paul. 2002. "Enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio". *Boletín de la A.G.E.*: 21-39.

Craib, Raymond. 2013. *México cartográfico. Una historia de límites fijos y paisajes fugitivos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Ferguson, James y Gupta, Akhil. 2008. "Más allá de la 'cultura': espacio, identidad y las políticas de la diferencia". *Antípoda*, (julio-diciembre): 233-256.

Foucault, Michel. 1998. "El sujeto y el poder". *Revista Mexicana de Sociología* (julio-septiembre): 3-20.

García Rojas, Irma. 2008. "El estudio histórico de la cartografía". *Tawká, Revista de Historia*, (primavera): 11-32.

Hall, Stuart. 1997. *Representation: cultural representations and signifying practices*. Londres: The Open University.

Harley, J. Brian. 2005. *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ibarra García, María Verónica. 2012. "Espacio: elemento central en los movimientos sociales por megaproyectos". *Desacatos* (mayo-agosto): 197-219.

Lefebvre, Henri. 1974. "Espacio social". *La producción del espacio*. España: Editorial Capital Swing: 125-216.

Massey, Doreen. 2007. “Geometrías del poder y la conceptualización del espacio”. Conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela.

Montoya Arango, Vladimir. 2007. “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía”. *Universitas Humanística* (enero-junio): 155-179.

Vaughan, Laura. 2018. *Mapping society. The spatial dimensions of social cartography*. Londres: UCL Press University College.

Wood, Denis. 2018. “Los mapas y el Estado”. *Revista de la Universidad de México* (julio-agosto), 8-15.

Zermeño, Guillermo. 2017. “Giro crítico de la historiografía”. En *Escrituras de la Historia. Experiencias y conceptos*, coordinada por Laurence Coudart y Luis Gerardo Morales Moreno. México: Editorial Itaca/Universidad Autónoma del Estado de Morelos.